

IFIGENIA EN ÁULIDE. DE EURÍPIDES.

Versión, dramaturgia y dirección de Emilio Flor Jiménez.

Curso 2025-26

DRAMATIS PERSONAE

Agamenón.

Anciano.

.

Menelao.

Coro y corifeo.

Mensajero.

Clitemnestra.

Ifigenia.

Aquiles.

Mensajero.

ESCENA INICIAL MUDA.

PRÓLOGO.

Agamenón.- Anciano, acércate. De prisa.

Anciano.- ¿Qué quieres, soberano Agamenón? La vejez no me deja ver con claridad ni ser rápido.

Agamenón.- ¿Qué astro surca el cielo?

Anciano.- Sirio que planea sobre las siete Pléyades.

Agamenón.- Ni rumor, ni sonido de aves ni de olas. Sólo el silencio reina y se adueña de la costa.

Anciano.- ¿Por qué estás fuera de la tienda?

Agamenón.- Te envidio, anciano. Envidio a los hombres que pasan la vida en silencio, sin sobresaltos, sin ambiciones. A los que aspiran al poder, menos.

Anciano.- Justamente ahí está la felicidad.

Agamenón.- La sencillez trae tranquilidad. El honor es agradable en parte, pero instalarse en él causa tristeza. Los dioses, unas veces, destrozan la vida, otras, la desgarran las decisiones contrarias de los hombres.

Anciano.- No me agradan esas palabras provenientes de un noble general. Agamenón, Atreo no te engendró para vivir eternamente feliz. Tienes que gozar y sufrir pues naciste mortal.

Te veo nervioso. Has encendido un candil, escribes en una tablilla pero, al instante, borras lo escrito, la sellas, la tiras derramando lágrimas ¿Cuál es tu pena, tu dolor? ¿Qué mal te aflige? A mí, persona buena y fiel, confía tu inquietud. Compártela conmigo. Soy tu servidor de confianza.

Agamenón.- ¡Ojalá que nunca los pretendientes de Helena, antes de que ella eligiera, hubieran jurado defenderla, con una expedición conjunta contra la ciudad del que la raptara o le hiciera daño! Menelao fue su elección.

Pero cuando Paris, juez de la belleza de las tres diosas, llegó con su elegante atuendo y reluciente en oro, la sedujo y la raptó. Menelao invocó los antiguos juramentos de Tindáreo. Hay que auxiliar al ofendido. Los griegos ya están aquí equipados para la lucha y me han elegido como jefe del ejercito por ser hermano de Menelao. Reunidos en Áulide estamos, desde hace días, sin iniciar la navegación por falta de vientos.

Calcante, el adivino, tras comprobar el oráculo, mantiene que no es posible dicha navegación si no sacrifico a mi hija Ifigenia. Yo me negué a tal atrocidad. Mi hermano me presionó hasta tal punto que escribí una tablilla enviada a mi esposa en la que le

decía que vinieran para casar a Ifigenia con un héroe. Ahora quiero que lleves corriendo a Argos la nueva tablilla que me ves tachar y reescribir.

Anciano.- ¿Qué pone el mensaje?

Agamenón.- Te mando un nuevo mensaje que rectifica el anterior. No envíes a tu hija. Dejaremos la boda para otra ocasión.

Anciano.- Has estado a punto de cometer una locura. Rectificas a tiempo.

Agamenón.- ¡Perdí la razón! Pero vete y corre sin atender a la vejez

Anciano. Al momento.

Agamenón.- No descanses en ningún momento, no te fíes de nadie en los cruces de caminos y vigila que no se te escape el carro en el que vengan. Y si te encuentras la comitiva, hazla volver.

Anciano.- ¿Y cómo confiarán en mí?

Agamenón.- Guarda este sello. Lo reconocerán.

PÁRODOS.

Estrofa. Llegué a la playa de Áulide atravesando la corriente del Euripo, dejando Calcis, mi ciudad, para contemplar el ejército de los aqueos, los remos impulsores de la innumerable flota. Agamenón y Menelao son sus guías en busca de Helena, raptada por Paris, tras el concurso de belleza entre Cipris, Hera y Palas Atenea.

Antístrofa. He cruzado presurosa el bosque de Ártemis con mis mejillas ruborizadas por mi pudor, deseosas de ver los escudos, las tiendas, las armas y el tropel de caballos. He visto a los dos Ayantes sentados juntos, a Protesilao y a Palamedes ensimismados con los dados, a Diomedes lanzando el disco, además de Meriones, a Odiseo y a Nireo, el más hermoso.

Epodo. Y he visto al gemelo del viento, Aquiles, corriendo con sus armas por la pedregosa playa en disputa con una cuadriga. Voceaba el auriga a sus corceles, ataviados con bridas de oro y fustigados con el látigo. Los del centro, blancos; los de los lados, alazanes y moteados

Estrofa. Llegué ante un grupo de naves, visión inenarrable llena de felicidad; la armada de los mirmidones al lado derecho con cincuenta naves. En la punta, imágenes doradas de Nereidas, emblema de las de Aquiles

Antístrofa. Con igual número de remos, encalladas los navíos de Argos. También setenta barcos procedentes del Ática, fondeados en hilera y con insignia Palas sobre carro.

Estrofa. Y he admirado las cincuenta naves de los beocios engalanadas con insignias. Sobresale Cadmo con el dragón de oro y Leito era su capitán. Ayante guiaba igual número de naves locras.

Antístrofa. De la ciclópea Micenas Agamenón envía tripulación en cien naves. Y como capitán Menelao, su hermano, para que la Hélade le dé satisfacción tras el abandono de su esposa. Y no me olvido de las popas de Alfeo.

Epodo. Guneo mandaba doce. Al lado, las de los epeos y la armada de blancor remos de los tafios. Áyax, con doce desde Salamina, las mejor combadas. He logrado ver un contingente naval muy poderoso difícil de superar. No habrá un recuerdo mayor en mis reuniones.

1º EPISODIO.

Anciano.- Menelao, cometes algo terrible y ultrajante.

Menelao.- Apártate, eres demasiado fiel a tu señor.

Anciano.- Hermoso es lo que me dices. No has debido abrir la tablilla. Dámela. Defiendo a mi señor.

Menelao.- No te la devolveré. Quitla o te destrozo. ¡Suelta!

Agamenón.- ¿Qué escándalo y griterío ante mi tienda?

Anciano.- Me la ha quitado por la fuerza.

Agamenón.- ¡Menelao! ¿Por qué le has golpeado?

Menelao.- ¿Ves esta tablilla portadora de pérfido mensaje?

Agamenón.- La veo. Pero suéltala ya.

Menelao. No. Antes mostraré su contenido a todos los dánaos. He descubierto las maldades que tramas en secreto.

Agamenón.- ¿Cómo la conseguiste? ¡Qué alma tan desvergonzada tienes!

Menelao.- Esperando a tu hija.

Agamenón.- ¿Por qué tienes que vigilarme? ¿No me dejarás gobernar mi casa?

Menelao.- No, porque tomas decisiones contradictorias, primero, una; luego, otra; y otra.

Agamenón.- Muy ingeniosa es tu afirmación, pero malvada y odiosa es tu lengua.

Menelao.- Y una mente insegura y no sincera con los amigos es injusta. Mas quiero convencerte sin que parezca consecuencia de la ira. ¿Te acuerdas cuando te esforzabas por dirigir a los dánaos contra Ilión? ¡Qué humilde eras estrechando la mano a todos con cercanía, humanidad y muy buenos modales!

Y luego, conseguido el mando, eres inabordable. Sólo piensas en tu poder. El hombre de bien no debe modificar su conducta al lograr el éxito, sino precisamente ser más fiel y constante en sus hechos y acciones. Te reprocho tus cambios sin sentido y los considero dignos de miseria.

Desde que llegaste a Áulide, viendo que no disponías de viento favorable, te encuentras abatido. Los dánaos pedían botar las naves y ¿qué hacías tú? Recurrir a mí. “¿qué hacer? ¿qué salida tomar?”

Y cuando Calcante dijo que había que inmolar a tu hija en sacrificio a Ártemis, condición para una favorable navegación, consentiste en dicho sacrificio. Y mandaste una carta a

tu esposa para que enviase a tu hija, con el pretexto de casarla con Aquiles. Y después cambias de opinión enviando otra porque no quieres ser el asesino de tu hija.

A muchos les ocurre lo mismo: se esfuerzan por algún proyecto y luego lo abandonan, unas veces por la absurda decisión de los ciudadanos y, otras, por la incapacidad de velar por el pueblo.

Corifeo.- Terrible es que surjan querellas y peleas entre hermanos.

Agamenón.- Dime, ¿Por qué me gritas con los ojos inyectados de sangre ¿Quién te ha ofendido? ¿Anhelas recobrar una esposa honrada? No podría ofrecértela. La dominaste mal. ¿Tengo que pagar yo tus errores? Lo que deseas es tener en tus brazos a una hermosa y aparente mujer dejando de lado la razón y el honor.

¿Estoy yo loco por cambiar de parecer con buen criterio? Mas bien tú que, habiendo perdido a una mala esposa, quieres recuperarla. Emprende la guerra tú con los insensatos pretendientes que firmaron el juramento de Tindáreo. Yo no asesinaré a mis hijos por vengarte de una pérfida mujer, mientras que mis noches y mis días se consumen en lágrimas.

Corifeo.- Diferentes son estas palabras de las anteriores, pero es justo salvar la vida de los hijos.

Menelao.- Desgraciado de mí, no tengo amigos. ¿Cuándo demostraras haber nacido de un mismo padre?

Agamenón.- Siempre que deseo compartir contigo la cordura, no la demencia.

Menelao.- Los amigos tienen la obligación de sufrir con sus amigos.

Agamenón.- Siempre que me mandes el bien, no la tristeza.

Menelao.- ¿No te agrada sufrir por Grecia?

Agamenón.- Grecia delira contigo.

Mensajero.- ¡Agamenón! Acabo de llegar trayéndote a tu hija Ifigenia con su madre, tu esposa Clitemnestra, y el pequeño Orestes. Yo me he adelantado. Descansan y se recuperan del viaje en una fuente de cristalinas aguas. La noticia ha corrido y el ejército ya está enterado. Todos vienen a ver a tu hija y se preguntan si se trata de una boda o de que su padre quiere verla.

Agamenón.- Bien. Retírate. ¡Ay de mí! Desdichado ¿Por dónde empezar? ¿A qué yugo nos ha atado el destino? Un dios más astuto ha conseguido engañarme. ¡Cuántas ventajas tiene ser humilde! Él puede llorar por el noble, no. Me avergüenzo de llorar y de no hacerlo. ¿Qué le voy a decir a mi esposa? ¿Cómo la recibiré? ¿Con qué semblante? Descubrirá que soy un malvado. ¿Y a mi joven hija? Pronto la desposará Hades. Me dirá: ¿Padre, vas a matarme? Y allí presente Orestes gritando. ¡Qué horror! El culpable de todo esto es Paris que desposó a Helena.

Corifeo.- También yo me lamento aunque sea extranjera.

Menelao.- Hermano, te juro que te hablo de corazón. Cuando te veo llorar, me conmuevo y se me saltan las lágrimas. Retiro mis anteriores palabras. Me pongo en tu situación y no te obligo a sacrificar a tu hija ni a anteponer mi interés al tuyo. ¿Cómo voy a destruir a mi hermano prefiriendo a Helena? Estaba aturdido y no veía lo que supone matar a tu hija. Además, ¿Qué culpa tiene mi joven sobrina de la acción de Helena?

Dejemos el llanto. Rectifico por el cariño de hermano. El hombre bueno debe valerse siempre del mejor criterio.

Corifeo.- Nobles palabras. No desmereces de tus antepasados.

Agamenón.- Te felicito, Menelao, porque has cambiado de manera recta y digna de ti. Pero hemos llegado a un fatal destino, ejecutar el sangriento homicidio de mi hija.

Menelao.- ¿Cómo? ¿Quién te obligará?

Agamenón.- Todo el ejército.

Menelao.- No, si antes la envías a Argos.

Agamenón.- Y ¿Cómo impedir que Calcante revele el oráculo al ejército?

Menelao.- No, si antes muere.

Agamenón.- La raza entera de los adivinos es funesta por ambición. Además, ¿Qué pasará con Odiseo?

Menelao. Odiseo no puede perjudicarnos.

Agamenón.- Es un tramposo ¿No le crees capaz de contar todo y conseguir mi muerte para luego degollar a mi hija? Y si huyo a Argos, nos perseguirá con el objetivo de saquear y arrasarse nuestra tierra. Soy un desgraciado. Ahora vuelve al campamento y procura que Clitemnestra no se entere de esto hasta que haya inmolado a mi hija a Hades. Vosotras, extranjeras, guardad silencio.

CORO/ 1º ESTÁSIMO.

Estrofa.- Dichosos los que gozan del lecho de Afrodita con moderado amor, conservando la calma en medio de sus apasionados dardos cuando Eros tensa su doble arco, uno para un destino venturoso, otro para una vida enloquecida. Que mi felicidad participe de Afrodita, pero no de su exceso.

Antístrofa.- Diversas son las índoles humanas, diversas sus costumbres. Una buena educación, a saber, el pudor, el deber, la reflexión, lleva a la virtud. Y ella se encuentra en las mujeres recatadas; en los hombres, el control y la paz interior engrandecen a la ciudad.

Epodo.- Llegaste Paris como pastor, entre blancas terneras, modulando sonos y poesía en las cañas frigias. Te enloqueció el juicio de las tres diosas y encendiste amor con Helena. Por eso la discordia mueve a Grecia a la discordia.

Corifeo.- Ved a Ifigenia y a Clitemnestra que buscan altos destinos. Vamos, recibamos con cariño y gesto complaciente para que no se turben con nuestro sobresalto y bullicio.

2º EPISODIO.

Clitemnestra.- Os agradezco vuestra acogida. Vengo esperanzada como madrina de una buena boda. Meted en la tienda los regalos de la dote de la novia. Ayudad a mi hija y a Orestes. ¡Mi querido y respetado soberano Agamenón!, ya estamos aquí como ordenabas en tu carta.

Ifigenia.- Madre, ¿Puedo abrazar a mi padre?

Clitemnestra. Claro. De mis hijos, eres la que más le quieres.

Ifigenia.- Estaba impaciente por estrechar tu pecho y abrazarte. ¡Padre, qué contenta estoy de verte!

Agamenón.- Yo también me alegro, hija mía.

Ifigenia.- ¡Mírame, padre! ¿Por qué no me miras? ¿Por qué desvías la mirada? ¿No te alegras de verme?

Agamenón.- Muchas preocupaciones tiene un rey y ahora general del ejército.

Ifigenia. Pero ahora tranquilízate, quédate conmigo y hazme feliz con una mirada alegre.

Agamenón.- Ya te miro y estoy lo contento que me es posible.

Ifigenia.- ¿Por qué esa tristeza?

Agamenón.- Porque nuestra inminente separación será larga.

Ifigenia.-Quédate, padre, con tus hijos.

Agamenón.- Eso quisiera. Pero sufro por la imposibilidad de hacer mi voluntad.

Ifigenia.- Lo sé. Emprendes una larga travesía.

Agamenón.- También a ti te aguarda un viaje en el que te acordarás de tu padre.

Ifigenia.- ¿Voy a viajar sola o con mi madre?

Agamenón.- Sola, estarás sin tu padre ni tu madre.

Ifigenia.- ¿Acaso habitaré en otra casa?

Agamenón.- Ya basta. Los jóvenes no tienen que saber esto. Antes oficiaré un sacrificio en el que es necesaria tu presencia. Ahora dame un beso. La humedad se desliza en mis ojos al abrazarte. Entra ya a la tienda.

Perdona, querida esposa, por recibiros con este ánimo, pero me causa dolor entregarla a otro hogar.

Clitemnestra.- Me pasa lo mismo pero el tiempo mitigará nuestro dolor. Ya conozco el nombre del prometido de tu hija. Es Aquiles. Me hablarás de su estirpe y de su patria.

Agamenón.- Así haré, Su fama como guerrero es enorme y es hijo de una diosa.

Clitemnestra.- ¡Ojalá sean felices! ¿Qué día será la boda?

Agamenón.- Durante la próxima luna llena.

Clitemnestra. ¿Has ofrecido los sacrificios previos a la boda?

Agamenón. Voy a hacerlo.

Clitemnestra.- ¿Y celebraremos luego el banquete nupcial?

Agamenón.- Escúchame, yo mismo entregaré a nuestra hija. Y tú, regresa A Argos.

Clitemnestra.- ¿Qué dices? ¿Dejar aquí a mi hija? ¿Y qué mujer cumplirá el rito de acompañarla en el camino al nuevo hogar?

Agamenón.- Yo mismo.

Clitemnestra.- No es costumbre ni asunto para tomar a la ligera.

Agamenón.- Ni tampoco es decoroso que te mezcles con el ejército.

Clitemnestra.- ¡Lo decoroso y justo es que entregue en matrimonio a mis hijos!

Agamenón.- ¡Obedéceme!

Clitemnestra.- Por la diosa Hera, ocúpate de lo de fuera y yo de lo de casa.

Agamenón.- ¡Ay de mí! Me veo vencido por todos los flancos. En vano quise apartar a mi esposa de lo planeado. Iré a preparar con Calcante lo que es grato a la diosa y funesto para mí.

CORO/ 2º ESTÁSIMO.

Estrofa.- El ejército griego llegará a los remolinos de color de plata del Simunte blandiendo las armas contra Ilión, donde Casandra canta las profecías del dios.

Antístrofa.- Los troyanos se subirán a las fortificaciones para defenderse del Ares naval que llegará con la intención de rescatar a Helena del poder de Príamo.

Epodo.- Tras asediar la ciudad de los frigios y sus torres pétreas, Ares sanguinario la arrasará causando lágrimas a los hijos y a la esposa de Príamo. Y Helena lamentará haber abandonado a su marido. Y que ni nosotras ni nuestros hijos ni los nietos suframos las desgracias que caerán sobre las mujeres frigias.

3º EPISODIO.

Aquiles.- ¿Dónde se encuentra el jefe de los aqueos? Decidle que Aquiles le busca. Todos esperamos impacientes la salida. Cada uno tiene sus motivos de inquietud. Mi tropa de mirmidones me pregunta el motivo de la tardanza. Y si no se inicia ya, nos marchamos a nuestra tierra.

Clitemnestra.- ¡Oh apreciado Aquiles! Al escuchar tus palabras, he salido al instante.

Aquiles.- ¿Quién eres?

Clitemnestra.- Soy Clitemnestra, esposa de Agamenón. Estrecha la mano como símbolo de feliz comienzo de la boda.

Aquiles.- ¿De qué boda hablas, mujer?

Clitemnestra.- De la boda con mi hija, ilustre hijo de la marina diosa Nereida.

Aquiles.- Jamás pretendí a tu hija ni me ha llegado palabra alguna de casamiento.

Clitemnestra.- ¡Qué vergüenza! Hablas de boda inexistente. No puedo mirarte de frente.

Aquiles.- Tranquilidad y calma. Quizás se han burlado de nosotros dos.

Anciano.- ¡Señor nacido de diosa! Soy esclavo de la casa de Clitemnestra y quiero informaros si estáis solos.

Aquiles.- Sí, solos. No te detengas en saludos.

Clitemnestra.- Habla ya y no te entretengas.

Anciano.- Te soy fiel pero no tanto a tu esposo. Por eso te digo que Agamenón pretende matar a vuestra hija Ifigenia.

Clitemnestra.- ¿Qué dices? No estás en tu sano juicio. ¿Cómo?

Anciano.- Ensangrentando su cuello con un cuchillo.

Clitemnestra.- ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Está loco mi esposo?

Anciano.- Está cuerdo, salvo para razonar sobre ti y sobre tu hija.

Clitemnestra.- ¿Por qué razón? ¿Quién le induce a ello?

Anciano.- Los vaticinios del adivino Calcante para que el ejercito pueda marchar y Menelao recupere a Helena.

Clitemnestra.- ¿Y la finalidad de la boda?

Anciano.- Traer con alegría a tu hija para casarla con Aquiles.

Clitemnestra.- Hija, nos encaminamos a la muerte. No puedo contener las lágrimas. Y tú, ¿Cómo sabes todo?

Anciano.- Iba a llevarte otra tablilla para impedir vuestra venida. Tu esposo había rectificado con sensatez. Pero me la quitó Menelao, responsable de estas desgracias.

Clitemnestra.- ¡Oh grandioso Aquiles! ¿Has escuchado? Van a matar a mi hija engañándonos con tu boda.

Aquiles .- Estaba oyendo tus desventuras y censuro la conducta de tu esposo. No voy a quedarme sin reaccionar.

Clitemnestra.- No me avergüenzo de echarme a tus rodillas. ¡Ayúdanos, hijo de diosa, a mí y a tu prometida, aunque lo fuera en falso! Yo te la traía coronada de flores y ahora la llevo a la muerte. Y si muere, será también oprobio para ti. Compadécete de nosotras. Si nos tiendes la mano, estaremos salvados.

Aquiles.- Mi sublime corazón se sobrecoge. Sabe dolerse en las desgracias y alegrarse en el éxito. Me compadezco de ti y te digo que tu hija jamás será degollada por su padre. No me prestaré a los enredos de tu esposo. No la tocará pues me ha engañado. Tendría que haberme pedido permiso para utilizar mi nombre. Se lo habría dado a los griegos, si el bien común y el viaje dependieran de ello. Pero con engaños, no.

Tú, Clitemnestra, me entregabas de corazón a tu hija. Ahora, en cambio, nada soy ni seré y los generales no me respetan. Usaré mi espada contra el que intente arrebatarme a tu hija. Quédate tranquila. Intentaré ser un dios poderoso sin serlo.

Corifeo.- Has dicho, hijo de Peleo, palabras dignas de ti y de la venerable divinidad marina.

Clitemnestra.- ¿Cómo podré agradecerte tu ofrecimiento? Tienes nobleza al ayudar a los infortunados. Mi hija se salvará con tu decisión. ¿Quieres que ella, aunque no es propio de joven doncella, abrace tus rodillas como suplicante?

Aquiles.- No me traigas a tu hija ni la expongas a las maliciosas conversaciones del ejército. Para mí la batalla principal es libraros de vuestros males.

Clitemnestra.- ¡Qué seas feliz siempre por auxiliar a unos infortunados!

Aquiles.- Escucha, primero intentaremos convencer a su padre para que cambie.

Clitemnestra. Es un cobarde y le tiene demasiado miedo al ejército.

Aquiles.- Pero unos argumentos vencen a otros. Suplícale que no la mate. Y si se opone, entonces acude a mí. Si le convences, mi presencia no será necesaria.

Clitemnestra. De acuerdo. Te obedeceré como una esclava.

CORO/ 3 ESTÁSIMO.

Estrofa.- ¿Qué canto alzó Himeneo, en compañía de flautas, cítara y de la danza, en la boda de Peleo, alabando a él y a Tetis? Ganimedes, grata delicia del lecho de Zeus, escanciaba el licor y en la arena las cincuenta hijas de Nereo celebraban las bodas girando en círculo.

Antistrofa.- Con ramas de abeto y verde corona acudió la comitiva de centauros exclamando “hija de Nereo, parirás un hijo, excelente guerrero de armadura labrada por Hefesto”. Los dioses hicieron feliz la boda.

Epodo.- ¡Oh desdichada Ifigenia! Coronarán tu cabeza y ensangrentarán tu cuello mortal como una novilla sacrificada. ¿Dónde tendrán algún poder el pudor o la virtud cuando la impiedad triunfa sobre las leyes?

4º EPISODIO.

Clitemnestra.- He salido para hablar con mi esposo. Bañada en lágrimas se encuentra mi hija lamentándose al enterarse de la muerte que trama su padre. Aquí llega.

Agamenón.- ¡Esposa mía! Haz salir a tu hija que ya está todo preparado para el sacrificio de la boda, agua lustral, granos de cebada, fuego purificador y novillas.

Clitemnestra.- Te expresas muy bien, pero no sé cómo calificar tus actos. Sal, hija, sal. Y trae a Orestes también.

Agamenón. Hija, ¿Por qué lloras y clavas la mirada en tierra? ¿Por qué no me miras con dulzura?

Clitemnestra.- Respóndeme con sinceridad. ¿A esta hija, tuya y mía, piensas matarla?

Agamenón. No. ¡Qué barbaridad dices!

Clitemnestra. Responde a lo que te pregunto. No mientas. Tu silencio y tu nerviosismo te delatan.

Agamenón.- Estamos perdidos. Se ha descubierto mi secreto. Ya no hay necesidad de encubirla desgracia con mentira.

Clitemnestra.- Escúchame. A pesar de que tomaste a la fuerza, después de matar a mi primer esposo Tántalo y cometer otras atrocidades sobre mi familia, con el tiempo me reconcilié contigo y he sido una esposa intachable haciéndote feliz. Y ahora vienes diciéndome que quieres sacrificar a una de nuestros cuatro hijos. Si alguien te pregunta el motivo, ¿Qué dirás? “Para que Menelao recupere a Helena” ¿Qué sentimientos crees que tendré en mi corazón cuando vea vacíos su aposento, su asiento en la mesa? ¿Cuando entonando eterno lamento entre lagrimas le diré,” hija, te mató el padre que te engendró, él te asesinó y no otro”? No harán falta más pretextos para ofrecerte a tu regreso el recibimiento merecido. ¡No, por los dioses, no me fuerces a ser malvada contigo ni lo seas tú! ¿Qué vas a pedir mientras estás degollando a tu hija?

Y cuando regreses a Argos, ¿Cuál de tus hijos te dirigirá la mirada? ¿Cómo podrás abrazarlos? ¿Has pensado ya en esto o sólo te preocupa empuñar el cetro y seguir al frente del ejército? ¿Por qué no les dices a los argivos que, en justicia, Menelao mate a uno de los suyos ya que es su problema?

Reflexiona y, si tengo razón, no mates a tu hija, tuya y mía. Y ahora habla con ella, mírala a los ojos y dile sin mentiras lo que piensas hacer.

Corifeo.- Déjate convencer. Salvar la vida a los hijos es hermoso.

Ifigenia.- Padre, no soy Orfeo para suplicarte con su melodía poética. Yo sólo puedo con mis lágrimas y de rodillas. No me mates tan joven. Fui la primera en llamarte padre, la primera que cogiste entre tus brazos, la primera que besaste y acariciaste, con quien jugaste y reíste mil veces.

¡Ahora has olvidado quién soy y quieres matarme! ¡No me hagas morir fuera de hora, padre! ¿Qué tengo que ver yo con esta guerra? Compadécete de mí, padre. Mírame, ofréceme tu rostro y bésame para que, si no te conmuevo, me lleve ese recuerdo al morir.

Hermano, suplica tú también. Padre, él te lo ruega en silencio.

Agamenón.- Yo quiero a mis hijos. Estaría loco si no fuera así. Pero si no obedezco los oráculos de la diosa, nuestro ejército marchará sobre Argos y matarán a todos mis hijos, a tu madre, a ti y a mí. Me debo a los designios de la patria. Grecia tiene que ser libre. Y para ello no tengo más remedio que matarte.

Clitemnestra.- ¡Ay pobre de mí, impotente ante tu muerte! Tu padre te entrega a Hades y huye.

Ifigenia.- Madre, el mismo canto fúnebre nos espera. Nunca más habrá para mí luz ni rayos de sol. Valle nevado y montañas del Ida, Paris, certamen de belleza de las tres diosas, Ártemis, maldita Helena, todos culpables y asesinos. Pero muero a manos de mi padre.

Corifeo.- Te compadezco por tu funesto destino.

Ifigenia.- Madre, veo que se acerca Aquiles. Déjame que me oculte.

Aquiles.- Clitemnestra, Odiseo guía a sus soldados hacia aquí y vociferan que hay que matar a tu hija.

Clitemnestra.- ¿Y nadie se manifiesta de manera contraria?

Aquiles.- Yo, pero fui lapidado al intentar oponerme. Mis mirmidones me defraudaron. Eran los que gritaban más.

Clitemnestra.- Estamos perdidas, hija.

Aquiles.- No. Yo y algunos que están conmigo os defenderemos, a pesar de que Odiseo viene al mando de la multitud.

Ifigenia.- Madre, escucha mi reflexión. Cambio de opinión. Como está decretado que yo muera, quiero afrontarlo con nobleza. Toda Grecia mira hacia mí. Y de mi decisión dependen la travesía, la destrucción de los frigios y la salvación de las mujeres. Si miles de hombres asumen el riesgo de morir ante el enemigo, ¿va mi vida, que es una sola, a ser un obstáculo? Si muero, mi fama será gloriosa por liberar a Grecia. Si es voluntad de Ártemis hacerse con mi vida, no seré yo el impedimento. Doy mi vida por Grecia. ¡Sacrificadme, devastad Troya!

Corifeo.- Eres noble pero el destino y la divinidad son crueles.

Aquiles.- Hija de Agamenón, feliz sería siendo tu esposo. Me siento mal si no logro salvarte. Reflexiona, la muerte es un mal terrible.

Ifigenia.- No mueras por mi causa ni mates a nadie. Déjame salvar a Grecia ya que está en mi mano.

Aquiles.- Veo que estás decidida. Si te arrepientes, estaré cerca del altar.

Ifigenia.- Madre, ¿Por qué en silencio lloras? No me hagas acobardarme y compréndeme. Prométeme que ni tú ni la familia llevéis luto por mí. Y no guardes rencor a mi padre, tu esposo.

Clitemnestra.- Terribles peligros ha de correr ése por ti.

Ifigenia.- Me ha hecho perecer contra su voluntad en favor de la patria.

Clitemnestra.- Pero con mentiras y de un modo indigno.

Ifigenia.- Adiós, madre. Me voy para no volver jamás. No permito que derrames lágrimas. Ahora suplica a los dioses no por mí, sino por Grecia. ¡Llebadme! Traed coronas para mi cabello! Danzad en torno al altar. Con mi sangre y mi suplicio extinguiré los hados. Jóvenes muchachas, cantad a Ártemis. ¡Ay, tierra madre y Micenas, ciudad que me crio!

CORO/ 4º ESTÁSIMO.

Traed coronas, rociad su cabeza con agua lustral, danzad. Cuando las gotas de sangre de su juvenil cuello rocíen el altar, oh Ártemis, envía rumbo a Troya el ejercito y permite que Agamenón regrese a su patria con la diadema de la victoria.

ÉXODO.

Mensajero.- Clitemnestra, acude a mi voz, sal! Quiero que atiendas mis palabras.

Clitemnestra.- Salgo con temor. ¿Vienes a anunciarme una nueva desgracia?

Mensajero.- Quiero anunciarte unos prodigios impresionantes referentes a tu hija.

Clitemnestra.- Habla ya.

Mensajero.- Intentaré hablar con claridad si mi lengua no se traba. Cuando llegamos con tu hija al lugar sagrado de Ártemis, se concentraron allí todo el ejercito y una gran muchedumbre. Agamenón, al ver a su hija, profirió un gemido volviendo la cabeza y lloró tapándose la cara con su manto. Ella le dijo:” Padre, me entrego voluntaria al sacrificio. Y lo hago por mi patria y por toda Grecia. Sed felices, alcanzad la victoria y regresad a vuestra tierra. Ofrezco alegre mi cuello.”

Todos estaban asombrados por la grandeza de alma y la valentía de la joven.

El sacerdote cogió el cuchillo y, de pronto, asistimos a un prodigio: habíamos oído claramente el chasquido del golpe, pero no se veía en qué parte del suelo desapareció la joven. El sacerdote grita y vemos aparecer una cierva de admirable belleza. Calcante nos dice que la diosa prefiere esta víctima para no manchar su altar con una sangre tan generosa. Satisfecha nos concede vientos favorables para ir a Troya.

Tu hija vuela hacia los dioses. Abandona tu dolor y el rencor hacia tu esposo. Los designios de los dioses son imprevisibles para los mortales, pero ellos salvan a los que aman.

Corifeo.- ¡Qué alegría al oír al mensajero! Pero aquí llega Agamenón.

Agamenón.- Esposa, podemos ser felices por nuestra hija porque está en compañía de los dioses. Yo debo partir a la travesía. Mis palabras te llegarán desde Troya. Adiós.